

SIMON R. GREEN

# Un lobo en el rebaño

LAS AVENTURAS DE HAWK Y FISHER



Cada familia tiene su oveja negra, pero los acaudalados MacNeil de Haven tienen un terrorista en casa... y está ávido de sangre. Hawk y Fisher no tardan en darse cuenta de que también entre la alta sociedad abundan los delincuentes, y ponen en marcha un plan para descubrir al asesino. No saben que, al hacerlo, están poniendo sus vidas en serio peligro.

Hawk y Fisher, los dos duros agentes de la ley de Haven, ciudad caótica y mágica, vuelven a embarcarse en una aventura arriesgada; él, esgrimiendo su hacha de combate ella, armada con daga y espada.

## 1

## Jugar con ventaja

Cualquiera que esté cansado de vivir puede venir a Haven. Con toda seguridad dará con alguien dispuesto a matarlo.

La ciudad portuaria de Haven no es un buen lugar cuando cae la noche. No es que durante el día sea mucho mejor. De haber una ciudad más envilecida, más corrupta, más castigada por los criminales que ésta en Low Kingdoms, lo más seguro es que su existencia se mantuviera en el más estricto secreto para no preocupar a la población. Si Haven no se hubiera encontrado en el centro mismo de las principales rutas comerciales, si no se hubiera convertido en una parte tan vital de la economía de Low Kingdoms, sin duda hace tiempo que se habría ordenado su evacuación y que fuese destruida por el fuego, como se hace con muchos otros lugares azotados por las pestes. Pero lo cierto es que la ciudad crecía y prosperaba, desbordada de crímenes e intrigas y corroída por una decadencia general.

Una ciudad tan peligrosa necesitaba hombres y mujeres peligrosos que la mantuvieran hasta cierto punto bajo control. Por eso, desde el Devil's Hook hasta la Calle de los Dioses, desde los muelles hasta High Tory, la Guardia de la ciudad patrullaba las calles de Haven con el acero siempre presto y hacía cuanto podía en esas condiciones imposibles. Además de los criminales, los atracadores, los violadores y la escoria a la que se enfrentaban diariamente, tam-

bién tenían que vérselas con el crimen organizado, la brutalidad institucionalizada y la bribonería de los brujos, por no mencionar la corrupción galopante que imperaba dentro del propio cuerpo armado. Hacían todo lo que podían y la mayor parte de ellos había aprendido a conformarse con pequeñas victorias.

Tendrían que haber sido lo mejor de lo mejor: hombres y mujeres con nervios de acero, de moral elevada y voluntad indoblegable; héroes insuperables, dispuestos a afrontar los mayores peligros para acabar con la injusticia. Pero teniendo en cuenta los magros salarios, las deprimentes condiciones de trabajo y la elevada mortalidad, la Guardia se había vuelto oportunista. Sus miembros eran, en su mayoría, mercenarios en paro que pasaban así el tiempo entre guerra y guerra; formaban una oportuna mezcla de matones, idealistas y gente sin rumbo, todos ellos con buenas razones para unirse al bando de los perdedores. La venganza era un motivo muy frecuente. Haven era un caldo de cultivo muy propicio para las víctimas.

La Comandancia de la Guardia tenía su sede en una oficina grande y sombría, situada en la parte trasera del Cuartel General de la Guardia. Al igual que el resto del edificio, carecía de ventanas que pudieran hacerla vulnerable a los asaltos. Allí se las arreglaban con la escasa luz que entraba por las estrechas troneras y la que aportaban las lámparas de aceite siempre encendidas. Las paredes y el techo estaban cubiertos de mugre que se iba acumulando por efecto de las lámparas y de las chimeneas abiertas, pero a nadie le importaba, pues así convenía al aspecto general del lugar. La mitad de la oficina estaba llena de archivadores de roble que ya no cabían en la atestada División de Antecedentes Penales. A cualquier hora del día o de la noche lo más probable era encontrarse allí con alguien buscando desesperadamente ese documento capaz de ayudarle a resolver un caso. Los archivos guardaban montones de información útil, lo difícil era encontrarla. Desde hacía más de diecisiete

años, cuando la mayor parte de los archivos originales se perdió en un asalto, nadie se había ocupado de organizarlos debidamente.

Circulaba el rumor de que si se conseguía reorganizar los archivos sobrevendría otro ataque y, por lo tanto, nadie se molestaba en hacerlo.

Tres veces al día, regular y puntualmente, la Comandancia se llenaba de capitanes de la Guardia que esperaban la reunión informativa que precedía siempre al cambio de turno. Estaba a punto de comenzar el de la noche y veintiocho hombres y mujeres esperaban impacientes a que el comandante de la Guardia hiciera su aparición y les comunicara las malas noticias. Sabían que las noticias serían malas porque siempre lo eran.

Hawk y Fisher, marido y mujer y capitanes de la Guardia desde hacía más de cinco años, estaban juntos al fondo de la sala, disfrutando del calor del fuego y tratando de no pensar en lo frías que estaban las calles. Hawk era alto y moreno y ya había dejado de ser guapo. La serie de antiguas cicatrices que surcaba el lado derecho de su cara le daba un aspecto reconcentrado y siniestro acentuado por el parche de seda negra que le cubría el ojo derecho. Más que musculoso era delgado y enjuto y mostraba una incipiente redondez a la altura del estómago, pero incluso cuando estaba quieto tenía un aire peligroso. Para sobrevivir cinco años como capitán era necesario ser prácticamente indestructible, pero incluso los que no conocían su reputación solían mantenerse a una distancia prudente de él. Había en Hawk algo frío e inflexible que hacía que incluso los mayores bravucones dudaran dos veces antes de meterse con él.

Llevaba las pieles y el capote negro que formaban parte del uniforme de invierno de la Guardia con poco estilo y menos gracia. Incluso en sus mejores días, Hawk solía dar la impresión de haberse vestido a oscuras y a toda prisa. Llevaba el pelo oscuro por los hombros, apartado de la frente

y sujeto sobre la nuca con un pasador de plata. Aunque apenas había rebasado la treintena, ya tenía unas cuantas hebras grises en el pelo. Sobre la cadera derecha, Hawk llevaba un hacha de mango corto en lugar de espada. Era muy bueno con el hacha, ya que había tenido oportunidad de practicar mucho con ella.

Isobel Fisher se apoyaba en él con gesto de camaradería, afilando un cuchillo arrojadizo con la piedra de afilar. Era alta, sin duda medía un metro ochenta, y llevaba el pelo rubio y largo peinado en una trenza que le llegaba hasta la cintura, rematada en la punta con una pulida bola de acero. Se acercaba a los treinta años y era más atractiva que hermosa. Su rostro huesudo y áspero daba una impresión de fuerza y determinación que apenas lograban suavizar sus profundos ojos azules y la boca carnosa. En algún momento de su pasado, algo había eliminado en ella todo rastro de debilidad humana, resultaba evidente. Llevaba una espada sobre la cadera en una gastada vaina; sus proezas con esa hoja eran ya legendarias en una ciudad acostumbrada a las leyendas.

En torno a Hawk y Fisher el murmullo de la conversación subía y bajaba mientras los capitanes de la Guardia se ponían al día sobre las últimas habladurías e intercambiaban las consabidas quejas sobre el reparto de rutas o la necesidad de hacer el turno del cementerio. Como sucede en casi todas las ciudades, la noche sacaba a flote lo peor de Haven, pero el turno del cementerio se pagaba bien y siempre había quienes necesitaban dinero extra. A medida que se acercaba el invierno y las rutas comerciales se iban cerrando una a una, estranguladas por la nieve, el cielo y las terribles tormentas, los precios iban subiendo en los mercados. Ése era el motivo por el cual todos los inviernos Hawk y Fisher, y otros como ellos, trabajaban hasta la madrugada, y no paraban de quejarse por ello.

Hawk estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y la barbilla apoyada sobre el pecho. Al comienzo

de una guardia, no estaba en sus mejores momentos; por si fuera poco, el reciente cambio de horarios había empeorado su humor. Detestaba cambiar sus hábitos de sueño. Fisher le dio un codazo y Hawk levantó un poco la cabeza y echó una rápida mirada a la Comandancia, satisfecho de que el comandante aún no hubiera llegado. A continuación volvió a hundir la barbilla en el pecho y cerró el ojo. Fisher suspiró y miró hacia otro lado esperando que al menos no se pusiera a roncar otra vez. Para comprobar el filo de su cuchillo arrancó un pelo de la cabeza de Hawk sin que éste se inmutara.

La puerta se abrió de repente dando paso al comandante Dubois que llevaba un mazo de papeles en la mano. Los capitanes de la Guardia hicieron silencio y prestaron atención. Fisher guardó su cuchillo y la piedra de afilar y le dio a Hawk un buen codazo. Él se irguió con un gruñido y fijó su ojo soñoliento en Dubois mientras éste paseaba la vista por la Comandancia. Dubois era bajo y macizo y tan calvo como un huevo. Hacía ya veintitrés años que era comandante, lo cual no había contribuido en nada a mejorar su disposición. En sus tiempos, había sido un demonio cazando ladrones, pero había tentado demasiado a la suerte y media docena de matones se confabularon para saltar sobre sus piernas hasta rompérselas. Los médicos aseguraron que nunca volvería a caminar, pero no conocían a Dubois. Ahora dedicaba la mayor parte de su tiempo a supervisar operaciones, a tratar de conseguir más presupuesto del Consejo y a la formación de nuevos reclutas. Después de tres semanas de la esclavitud a la que los sometía y de aguantar su cáustico ingenio, la mayoría de los recién llegados estaba ansiosa de patear las calles de Haven considerándolo el menor entre dos males. Era *vox populi* entre la Guardia que si se sobrevivía a Dubois se podía sobrevivir a cualquier cosa.

—¡Muy bien, prestad atención! —Dubois miró con severidad a su alrededor—. Primero, las buenas noticias: el Con-

sejo aprobó los fondos para las horas extra, a partir de este mismo momento. Ahora las malas: os las vais a ganar. A primera hora de la mañana hubo un motín en el Devil's Hook. Cincuenta y siete muertos, veintitrés heridos. Dos de los muertos eran guardias: los agentes Campbell y Grzeshkowiak. El funeral se celebrará mañana. Los que queráis asistir, presentad vuestra petición de sustitución antes del amanecer. Es responsabilidad vuestra aseguraros de que os sustituyan.

»Otra mala noticia: el Gremio de Trabajadores Portuarios amenaza con reanudar la huelga, a menos que los propietarios de los muelles accedan a dedicar más dinero a mejorar la seguridad. Eso significa que podemos esperar más motines. He duplicado el número de agentes en los muelles, pero es preciso que mantengáis los ojos bien abiertos. Los motines tienen tendencia a extenderse. Y por si teníamos pocas preocupaciones, anoche alguien irrumpió en las catacumbas principales de la calle Morrison y se llevó setenta y dos cadáveres. Podría tratarse de devoradores de cadáveres, de nigromantes o de fieles de algún culto maldito de la Calle de los Dioses. Sea lo que sea, es un problema. Mucha gente importante está enterrada en las catacumbas por lo que sus familiares están que se los llevan los demonios. Quiero que recuperéis esos cadáveres, a ser posible razonablemente intactos. Pegad la oreja a tierra. Si os enteráis de algo, quiero saberlo.

»Ahora, para vuestra información: Capitanes Gibson y Doughty, circulan rumores de que en la calle Blakeney hay una casa encantada. Comprobadlo. Si está encantada, nada de heroísmos. Limitaos a despejar la zona y llamad a un exorcista. Capitanes Briars y Lee: nos han llegado avisos de que hay una bestia suelta por las calles de la Puerta Este. Hasta ahora sólo la han visto, no se han producido ataques, pero coged dagas de plata de la Armería antes de salir, por si las moscas. Capitanes Fawkes y Owen, aún no habéis encontrado a vuestro violador. Ya hemos tenido otras cuatro

víctimas y son cuatro de más. No me importa cómo lo hagáis, pero atrapad a ese bastardo. Y si alguien ha estado protegiéndolo, cogedlo a él también. Esto tiene prioridad sobre todo lo demás hasta que os diga lo contrario.

»Capitanes Hawk y Fisher: me alegro de teneros de vuelta después de la pequeña estancia en la Brigada de los Dioses. Me permito recordaros que en este departamento preferimos coger vivos a nuestros delincuentes, dentro de lo posible. Todos conocemos lo mucho que os gusta el acero como respuesta a la mayoría de los problemas, pero intentad no ser tan impulsivos esta vez. Hacedlo por mí.

»Por último, tenemos tres nuevos premios —sonrió divertido mientras los capitanes preparaban rápidamente papel y lápiz. Los premios eran uno de los escasos alicientes de este trabajo, pero Dubois era de la vieja escuela y no los aprobaba. A él los premios le sonaban a soborno y consideraba que distraían a sus hombres de los casos por resolver. Leyó en voz alta los detalles de los premios, hablando deliberadamente deprisa para que resultase más difícil apuntar los detalles. Eso no era un obstáculo para Fisher, que era muy rápida escribiendo. Un ronquido bronco a su lado le hizo perder la concentración y le clavó a Hawk el codo entre las costillas. Él se despertó de repente y adoptó una expresión de profundo interés.

»Una última cosa —dijo Dubois—. A partir de ahora hay que devolver todas las piedras supresoras. Nos han dado más de un problema últimamente. Sé que han resultado útiles para protegernos de los ataques de la magia, pero nos han llegado muchos informes de funcionamiento incorrecto y de falta de fiabilidad. Incluso en dos ocasiones explotaron. Hubo incluso un guardia que perdió una mano porque la piedra le explotó directamente. De modo que debéis devolver todas las piedras a la Armería lo antes posible para su examen. Sin excepciones. No hagáis que tenga que andar detrás de vosotros.

Se interrumpió al entrar un agente con un papel que entregó a Dubois. Éste, tras leerlo rápidamente, interrogó al agente en voz baja. Los capitanes se removieron incómodos hasta que Dubois despidió al agente y se volvió hacia ellos.

—Parece ser que tenemos un espía suelto en Haven. Algo muy frecuente por aquí, pero este espía en particular ha puesto sus manos sobre un material altamente sensible. El pánico se ha apoderado del Consejo. Quieren que lo cojamos y que sea ayer. De modo que salid por ahí y sondead a vuestros informadores. Alguien tiene que saber algo. Se han sellado todas las puertas de la ciudad para que nadie pueda salir.

»Por desgracia, el Consejo no nos ha dado mucha información en que basarnos. Conocemos el nombre en clave del espía: Fenris. También tenemos una vaga descripción: alto y delgado, de pelo rubio. Aparte de eso, todo depende de vosotros. Encontrar a este Fenris es ahora prioridad absoluta sobre todos los demás casos hasta que lo atrapeemos o hasta que el Consejo nos dé otras órdenes. Vale, fin de la reunión informativa. Salid de aquí. Y que alguien despierte a Hawk.

Hubo una carcajada general mientras los capitanes se dispersaban y Fisher arrastraba hacia la puerta a Hawk, que protestaba inocentemente asegurando que no se había perdido una sola palabra. Se interrumpió una vez fuera de la Comandancia al ver que Fisher se dirigía a la Armería.

—Isobel, ¿adónde vas?

—A la Armería, a devolver la piedra supresora.

—Olvidalo —dijo Hawk—. No voy a entregarla. Es la única protección que tenemos contra la magia hostil.

Fisher se quedó mirándolo.

—Ya has oído a Dubois; estas malditas piedras son peligrosas. No estoy dispuesta a que me vuele una mano sólo para que tú te sientas un poco más seguro.

—Vale. La llevaré yo.

—Ni hablar. Tú no sabes manejar estos artilugios.

—Bueno, uno de nosotros tiene que llevarla. De lo contrario, cualquier mago bribón con el que topemos va a entregarnos nuestras cabezas en bandeja. Y puede que no sea sólo una metáfora.

Fisher suspiró y afirmó con la cabeza no demasiado convencida.

—Vale, pero sólo la usaremos en caso de emergencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Recorrieron sin prisas los estrechos corredores del Cuartel General y salieron a la concurrida calle. Apenas unas semanas antes había nieve y barro por todas partes, pero los magos del tiempo de la ciudad por fin se habían puesto de acuerdo para actuar simultáneamente y habían conseguido desviar de Haven el mal tiempo enviándolo hacia el océano. Eso no les había granjeado las simpatías de los barcos mercantes, pero en Haven a nadie le importaba lo que pensarán los hombres de mar.

En realidad, los magos del tiempo se habían limitado a retrasar las cosas unas cuantas semanas, un mes a lo sumo. Cuando las auténticas tormentas invernales empezaban no había nada que hacer, como no fuera clavar los postigos, alimentar bien el fuego y rogar que llegara la primavera. Pero por ahora, el cielo estaba despejado y el aire frío no era peor que el de cualquier día de otoño. Hawk olfateó el aire estimulante y se arrebujó bien en su capote. Por lo general no le gustaban los capotes, ya que en las peleas resultaban un estorbo, pero el frío le gustaba menos aún. En Low Kingdoms el tiempo solía ser más frío e inclemente que en el Norte, donde él había nacido, y en otoño y en invierno era cuando más echaba de menos Forest Kingdom. Sonrió con amargura mientras paseaba la mirada por los edificios decrepitos y las sucias calles. Estaba muy lejos de su tierra.

—Apuesto a que otra vez estás pensando en Forest — dijo Fisher.

—Claro.

—Pues no lo hagas. No podemos volver.

—Quizás, algún día...

Fisher lo miró largamente.

—Claro —dijo por fin—. Algún día.

Empezaron su recorrido calle abajo mientras la multitud se apartaba para cederles paso. Había mucha gente, pese a lo tarde que era, pero ante la inminencia del invierno todos procuraban desesperadamente hacer todo lo que podían antes de que llegaran las tormentas y las calles se volvieran intransitables. Hawk y Fisher sonreían y saludaban con inclinaciones de cabeza a los rostros conocidos mientras se abrían camino hacia el Northside, su ronda y una de las peores zonas de Haven. Allí se podía comprar o vender cualquier cosa. Todos los negocios sucios, todas las formas del mal y de la corrupción florecían y prosperaban en las calles sombrías y mugrientas del Northside. Hawk y Fisher, que llevaban más de cinco años pateando la zona, se habían vuelto indiferentes, se habían endurecido a su pesar. Y sin embargo, en el Northside siempre encontraban algo que los conmocionaba, por mucho que procuraran no involucrarse.

Recorrieron los antros habituales tratando de averiguar algo sobre el tal Fenris, pero todos aquellos con los que hablaban juraban que nunca habían oído hablar de él. Hawk y Fisher se turnaban para destrozar el mobiliario y mirar con reconcentrada furia a los que interrogaban, pero ni siquiera la fama que los precedía bastó para arrancarles una sola información. Eso significaba que o bien el espía se había metido bajo tierra o que sus jefes habían gastado una pequeña fortuna en sobornos para mantener las bocas cerradas. Lo más probable es que fuera lo primero. En el Northside siempre había alguien dispuesto a hablar.

Dejaron para el final la posada del Black Freighter. Se trataba de una mezcla de taberna y restaurante más o menos respetable situada casi en las lindes del Northside. El tipo de lugar donde se pagaba a precio de oro saborear las primicias de cada temporada y donde el camarero lo miraba a uno con desdén si su acento no era del todo ortodoxo. También era una especie de bolsa común de todo tipo de informaciones, habladurías y rumores que se ponían a la venta a precios que podían ser caros o llegar a los límites de la extorsión. Hawk y Fisher se dejaban caer por allí de vez en cuando para recoger la información más reciente, y jamás pagaban un penique. Se limitaban a perdonarles la vida a sus informadores y a comprometerse a no prender fuego al edificio al salir de él.

Se detuvieron un momento al llegar al Black Freighter, escuchando el sonido de las conversaciones y las risas que se propagaban en el aire de la noche. Al parecer mucha gente se había reunido allí esta noche. Empujaron la puerta y entraron decididos sonriendo a todos con aire de perdonavidas. El jefe de camareros se dirigió automáticamente hacia ellos con la mano en la posición adecuada para recibir subrepticamente una propina por una buena mesa, pero se detuvo en seco, con la sonrisa congelada, al ver quiénes eran. Un repentino silencio llenó el ambiente, y un mar de rostros sombríos se volvió hacia ellos desde las mesas apenas iluminadas. Como en la mayoría de esos locales, la iluminación se mantenía en el nivel mínimo. Según la versión oficial, se pretendía conseguir así una atmósfera íntima, pero Hawk sospechaba que era porque si los clientes llegaban a ver lo que comían, podían negarse a pagar la cuenta. Claro que él no era dado a esas sutilezas, y Fisher podía dar fe de ello.

El silencio era absoluto, salvo por el chisporroteo del fuego encendido al otro extremo del salón, y la atmósfera era tan tensa que se podría haber encendido una cerilla con ella. Hawk y Fisher se dirigieron hacia el bar, brillante

con sus ostentosos y relucientes cromados y con todas las bebidas y licores de moda presentados en filas netas y ordenadas. Un gran espejo cubría la mayor parte de la pared del fondo del bar, enmarcado por volutas doradas y plateadas de estilo muy recargado.

Hawk y Fisher se acodaron en la barra y dedicaron una sonrisa cómplice al encargado del bar, Howard, quien daba la impresión de tener ganas de salir corriendo sin atreverse a hacerlo. Tragó saliva, se puso a sacar brillo a la barra y sonrió forzosamente a los dos guardias. Seguramente en sus tiempos habría sido guapo, pero veinte años de buen vivir habían enterrado su buen aspecto bajo un exceso de peso y debilitado su sonrisa por haber sido demasiadas cosas para demasiadas personas. Tenía una esposa y una amante que se peleaban abiertamente en público, y muchos otros signos de éxito, pero aunque ahora era propietario de la posada donde antes había trabajado como simple camarero, todavía le gustaba pasar la mayor parte del tiempo detrás del mostrador, controlándolo todo. Ningún miembro del personal iba a engañarlo como hiciera él con el dueño anterior. Hawk desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro y el hombre no pudo reprimir un salto. Hawk sonrió.

—Veo que esto está muy concurrido hoy, Howard. ¿Cómo van las cosas?

—¡Bien, bien! —se apresuró a responder Howard—. No podrían ir mejor. ¿Puedo servirles un trago? ¿O quieren una mesa? O... Oh, demonios, Hawk, no va a destrozar otra vez el local, ¿verdad? Casi no me ha dado tiempo a terminar de reponerme desde la última vez que estuvieron aquí. Y estos espejos son caros. Además, ya sabe que los del seguro no me lo van a pagar si están ustedes de por medio. A usted y a Fisher los catalogan junto con las catástrofes naturales, la magia y las acciones de los dioses.

—No tienes de qué preocuparte, Howard —respondió Fisher—. Cualquiera diría que tienes algo que ocultar.

—Miren, yo sólo llevo este lugar. Nadie me dice nada. Lo saben muy bien.

—Estamos buscando a alguien —dijo Hawk—. Fenris. Es el nombre en clave de un espía. ¿Has oído hablar de él?

—No —se apresuró a responder Howard—. Jamás. Si supiera algo, se lo diría, palabra de honor. No quiero saber nada de espías, soy un patriota, siempre lo he sido, tan leal como el que más...

—Corta el rollo —dijo Fisher—. Te creemos, aunque habría miles dispuestos a no hacerlo. ¿Quién hay aquí esta noche que pueda saber algo?

Howard vaciló y Hawk lo miró con expresión reconcentrada. El hombre de la barra tragó saliva.

—Ahí están Tommy el Rápido, el Pequeño Señor y Eddie Navaja. Es posible que hayan oído algo...

Hawk asintió y se apartó del bar para pasear la mirada por el restaurante. La gente se había puesto a comer otra vez, pero el lugar seguía tan silencioso como una tumba. Lo único que se oía era el ruido de los cubiertos sobre los platos. No les llevó mucho tiempo encontrar a los tres individuos que había nombrado Howard. Todos eran muy conocidos, cada uno en su asunto. Hawk y Fisher ya se habían topado antes con ellos. En su trabajo era inevitable.

—Gracias, Howard —dijo Hawk—. Has sido de gran ayuda. Ahora, dile a ese matón tuyo que cree estar escondido detrás de la columna de la izquierda, que como no deje ese cuchillo arrojadizo y se coloque donde podamos verlo perfectamente, Isobel y yo le vamos a romper las piernas.

Howard hizo un gesto rápido y el matón salió de su escondite con las manos visiblemente vacías.

—Lo siento —dijo el tabernero—. Es nuevo.

—Más le vale aprender rápido —dijo Fisher—, o nunca llegará a viejo.

Dieron la espalda a Howard y al matón y se abrieron paso entre las mesas. Caras furiosas y miradas hostiles siguie-